Mañana de un Negro

De mañana temprano, el negrito Félix se levanta como los pájaros. Corre, salta, juega y es igual a un cabrito en el campo. Vive en una casita pobre, pero hermosa. La madre de Félix es una negra limpia, cuidadosa de ella misma y de su casita, que resplandece entre flores, clara y bien pintada, al sol. Félix en el jardín hace muchas cosas. Tiene unos hoyos para sus bolitas; plantas que él vió nacer y las cuida como suyas, y un juguete. ¿No ha de tener un negro, también, un juguete por lo menos? En el jardín o entre las cuatro paredes de su casita Félix es feliz. Un solo punto oscuro, muy oscuro, perturba su felicidad: la escuela. El negro no siente afición por la escuela.

Va a regañadientes. Siente la opresión de su libertad. ¿Qué subconsciente poderoso obra en él para hacerle sentir un resabio de esclavitud en el colegio formal y disciplinado, donde una maestra mandona y cursi —ortopedizo nuestra voluntad con brazos y piernas de aritmética y geografía— que dicen que sirven para andar en el mundo, entretanto alicortan los únicos días felices de suprema libertad. Por lo menos este negrito de mi cuento era rebelde y haragán. La maestra le plantea un problema insoluble.

El negro multiplica y divide: "Compro veinte docenas de naranjas a $ 1.50 la docena y las vendo a $0.19 cada una, ¿cuánto he ganado?"

El resultado es desfavorable, no gana, pierde. Pero la maestra lo ha dicho así y debe ser así. Para la mentalidad infantil los maestros no se equivocan nunca. Da vueltas y revueltas al problema y la solución no aparece. Cansado tira los libros.

A las 11 llega el padre. Acaba de cobrar el sueldo y hace mucho le ha prometido a Félix una fotografía.

Toma a Félix de la mano y se van al Parque Urbano.

En el Parque, fotógrafos van y vienen como moscas aturdidas. Un checoeslovaco se acerca al grupo de los dos negros.

—¿Quiere sacar foto?

—¿Cuánto cobra por el chico?

—Por solo chico, cobro real y medio.

—Bueno, me lo saca bien al nene.

El checoeslovaco adereza la máquina con prolijidad de señorita. Busca afanosamente la pose. Levanta una tela sucia, condiciona la placa y arregla al negrito en forzada actitud fotográfica y después del consabido mirá un pajarito, exclama:

—Ya está.

A los diez minutos la fotografía queda lista. El checoeslovaco la seca cuidadosamente y se la entrega radiante al padre de Félix.

—Este no es mi hijo.

—¿Cómo?

—Que no es mi hijo, mi hijo no es negro.

—Bueno, no lo saqué sino morochito subido, tostadito.

—¡Que no es mi hijo, repito! El no es negro, así. Usted acaba de fabricar una mancha de tinta sobre un fondo de papel secante.

—Pero, siñor, yo la saqué como es. No puedo hacer milagros.

La gente se agrupa alrededor de los discutidores. Otro, del oficio, pasa por allí y escucha la discusión. De pronto ,en su cerebro repleto de claridades mercantiles, una idea surge lúcida como un meteoro.

—Oiga, buen hombre. Yo soy criollo y me animo a sacarle una foto a su hijo tal como es él.

—Bueno, acepto.

El fotógrafo coloca al negrito de cara al sol. Los rayos luminosos caen perpendiculares y tajantes sobre la carita negra como el arabache.

—Chis-chás.

—Ya está.

Se repiten los manipuleos de fotógrafo ambulante.

El negrito aparece en la fotografía mulato blanqueado, tirando a cuarterón.

El padre contempla la fotografía y exclama dichoso:

—Este sí es mi hijo.

POR

ILDEFONSO PEREDA VALDES